



BARBARUS

LA CONQUISTA DE ROMA

SANTIAGO
CASTELLANOS

Autor del best seller *Martyrium*.

Barbarus narra la apasionante y conmovedora historia de Eldes y Dago, dos niños godos que ven cómo un día cualquiera su mundo es destruido por un acontecimiento atroz. A partir de ahí comienza la epopeya que les llevará desde su aldea en Gutthiuda, en algún lugar de la actual Ucrania, hasta el Danubio, la frontera norte del Imperio romano. Conseguirán cruzar y continuar su viaje en busca de un sitio en el que vivir en paz. Pero sufrirán las terribles consecuencias de la corrupción militar romana. Finalmente, llegarán al corazón del Imperio: Roma. La gran ciudad, poderosa e invencible, en la que todo es posible.

Novela de iniciación y de aventuras, *Barbarus* es una síntesis magistral de uno de los episodios más decisivos de la Historia de Occidente. Nos revela, desde un punto de vista inédito, el drama personal detrás de los hechos que cambiaron la faz de Europa. A través de sus páginas asistiremos a los conflictos entre bárbaros y romanos, sus negociaciones, la tensión entre la integración en el Imperio y el mantenimiento de sus propias señas de identidad. Entendemos la lucha entre tradición y cambio, con el ascenso de una nueva religión y de los inmigrantes bárbaros. Viviremos desastres militares, muertes y nacimientos, amor, violencia, actos heroicos y crueles venganzas, intrigas políticas, en una historia llena de rigor y agilidad narrativa.

Para Vega y Enrique

I

Barbaricum

Al norte del Danubio (376)

1

Guerreros

Eldes estaba impaciente por empezar el juego. Los días eran cada vez más cortos y pronto tendrían que decir adiós a las largas tardes de luz y libertad que les había regalado ese cálido verano tan poco habitual en las tierras altas de los Cárpatos; a los correteos entre los árboles, a los escondites, las bromas y las travesuras. Le fastidió comprobar que Dago y los demás no mostraban el mismo entusiasmo que ella y que todavía seguían sentados en el suelo como un puñado de pasmarotes, con las piernas flexionadas y el cuerpo molido, agotados por el intenso trabajo de la mañana. Mirándola con la estúpida fijeza de los búhos. La vieron sacudirse los restos de paja que se le habían quedado pegados en el trasero, y una sonrisa breve y maliciosa, apenas perceptible, bastó para que sospecharan sus intenciones. Hacía un par de años que conocían a Eldes, desde que la pequeña fue enviada a vivir con su madre a la aldea, los suficientes como para adivinar que estaba tramando algo. A buen seguro que se trataba de otro de sus descabellados juegos. El último que ella les propondría.

—¡Vamos, que parecéis troncos! ¿Es que no pensáis moveros de ahí en toda la tarde? Se me acaba de ocurrir una cosa... aunque no sé... no sé si os vais a atrever —les desafió Eldes, convencida de que acabaría despertando su interés, por mucho que esa tarde no parecieran ni ellos de tan callados que estaban. Eran sus amigos y no podían hacerle

aquello. Había estado toda la mañana esperando el momento de poder reunirse con ellos, mirando el cielo cada poco y pidiéndole al sol que fuera bueno con ella y que se diera prisa en bajar de allá arriba, mientras se consumía de aburrimiento tejiendo bajo la vigilante presencia de la nodriza.

El trabajo en el telar era muy aburrido, aunque mucho menos agotador que el trabajo en el campo. Así que Eldes podía considerarse privilegiada al poderse quedar en la aldea mientras los demás se dejaban la piel ayudando en casa. Como toda respuesta, obtuvo una lánguida sonrisa por parte de sus compañeros. No era lo que estaba esperando de ellos pero le bastaba para confirmarle que pronto estarían corriendo juntos. Eldes veía con pena cómo los niños de la aldea, sus amigos, cada vez eran menos niños, trabajaban demasiado y tenían pocas ganas de reír. Había mucho que hacer en verano y la ausencia de los hombres había hecho recaer todo el trabajo sobre ellos y sobre sus agotadas madres. Esa misma mañana habían tenido que cargar a sus espaldas decenas de gavillas, tan grandes como menudo era su cuerpo, mientras las mujeres terminaban de segar las mieses que quedaban en las tierras. Se habían quedado solas, sin más apoyo que el de sus hijos y los ancianos, pues quienes tenían fuerza y juventud para sacar adelante la cosecha habían sido reclamados para la guerra. No era a los campesinos a quienes correspondía luchar, sino a los guerreros, pero ante la magnitud del nuevo peligro que amenazaba Gutthiuda, la tierra de los godos, también ellos fueron obligados a tomar las armas. Atanarico había reunido al consejo de jefes y les había pedido que movilizaran hasta el último hombre de los *kunja*. No era la primera vez que aquello sucedía, la aldea se había quedado otras veces sin ellos. Padres y esposos habían empuñado las armas respondiendo a la llamada del juez, que gobernaba desde hacía una década sobre la confederación de *kunja* tras haber sido elegido por la asamblea de jefes. Pero

esta vez era diferente, algo hacía presagiar que los hombres ya no regresarían.

Esa misma mañana se había dado por finalizada la cosecha del centeno y el granero olía a las mieses recién segadas. El tibio sol de la tarde se colaba a través de la techumbre de paja, dorando las amarillentas gavillas que habían sido amontonadas de cualquier manera en un rincón, a la espera de ser majadas tras los sacrificios que tendrían lugar en agradecimiento al dios por los escasos frutos recogidos. Un año más, la cosecha había sido mala aunque suficiente para no morir de hambre durante el invierno. Al ver que los demás seguían sin hacer amago de levantarse, Eldes se dejó caer con gesto hastiado sobre el montón de paja que tenía justo a su espalda y permaneció un rato ahí tendida, fingiendo que lo que ellos hicieran o dejaran de hacer había dejado de importarle. Su pelo tenía el mismo tono pajizo que el centeno. Pero no pudo resistirse, era demasiado inquieta para esperar, así que entornó los ojos y se preparó para soltar su desafío:

—¡Iremos al bosque! —anunció, volviendo su cuerpo hacia ellos, con la cabeza apoyada en uno de sus brazos. El pecoso rostro de la pequeña había recuperado el entusiasmo. Los miró a todos para captar su atención, algo que Eldes hacía a las mil maravillas, y adoptó un misterioso tono de voz—: El bosque... Cuentan que en uno de sus claros se esconde Oium, la tierra de nuestros antepasados...

—¡Tengo miedo! —Era la vocecita de Quivo, demasiado pequeña para escuchar ciertas cosas.

—Shh... ¡Calla, Quivo! —Fue su hermano Fredo quien le mandó callar.

Eldes había conseguido su propósito. Los niños la escuchaban sin pestañear, intrigados por saber adónde les quería llevar su amiga. Aquella legendaria tierra de la que les hablaba Eldes no era otra que la antigua Escitia, en la que se decía que habían vivido los godos durante generaciones

—La rica Oium... La llamaban así por la cantidad de frutos que crecían en sus praderas. Cuentan que fue el rey Filimer quien condujo a los godos hasta allí desde las frías tierras del norte y que allí vivieron un tiempo de felicidad como nunca antes había conocido nuestro pueblo. Hasta que las riquezas se agotaron y Oium fue abandonada, quedando para siempre oculta entre la floresta. ¡Busquémosla! — Eldes se levantó y comenzó a dirigir su juego—: ¡Uno de nosotros será el rey Filimer y el resto seremos sus guerreros!

Esta vez las sonrisas de los niños fueron más abiertas, más entusiastas. Como solía ocurrir, se les había acabado contagiando el ardor con que Eldes abordaba cualquiera de las aventuras que proponía, bien fuera vencer a un ejército o conquistar una lejana tierra. Era ella la que mandaba y, pese a su corta edad, pues apenas alcanzaba los seis años, era consciente de la admiración que despertaba entre los demás niños de la aldea. Pero también sabía que esa admiración que los demás sentían por ella se esfumaría como por arte de magia en el mismo instante en que no fuera capaz de darles lo que necesitaban. El día que les defraudara, que ya no se le ocurriera nada con lo que sorprenderles, nada con lo que hacerles soñar y olvidar el mísero mundo en el que vivían... nada extraordinario con lo que recompensar su fidelidad, ese día, surgiría entre ellos un nuevo líder, presumiblemente Haroldo, y su jefatura caería en el olvido. Como le había ocurrido al juez Atanarico, arrinconado por Fritigerno tras una sangrienta lucha entre los clanes que a punto estuvo de llevarse por delante la vida de su padre. Eldes estaba dispuesta a no ceder su liderazgo a nadie, y menos aún a Haroldo. Por eso, y porque la imaginación la desbordaba, no dejaba nunca de inventar historias y de proponer juegos cada vez más arriesgados con los que colmar el ansia de aventura de su pequeño séquito.

Recorrió el granero con sus pícaros ojos, buscando algo que al fin halló junto a la jamba de la puerta, donde se apiñaban los rastrillos y las guadañas recién afiladas. Le gustaba sentirse observada. Dando la espalda a sus amigos, comenzó a remover las herramientas, con mucho cuidado de no cortarse, hasta que dio con uno de los mangos que estaba suelto. Lo levantó, exhibiéndolo ante los demás con aires de triunfo y les demostró para qué servía. Ante el creciente entusiasmo de los demás, comenzó a esgrimirlo como si fuera una espada, ¡la espada del rey Filimer! Aguardó a que los niños jalearan la idea y les sonrió agradecida. No tenía más de seis años, pero eso no le impedía ser la que decidía, la que proponía los juegos, la que mandaba entre los niños de la aldea. Sus ocurrencias, en ocasiones descabelladas, eran siempre bien recibidas entre el cortejo de admiradores que se había sabido ganar a fuerza de imaginar para ellos un universo mágico y colmado de leyendas. Un universo de héroes y guerreros, de antiguos reyes y hazañas lejanas, que poco o nada tenía que ver con la insignificante existencia que les había tocado vivir. Un universo alimentado por los relatos y los cuentos de vieja con los que ella misma había crecido, en los que se hallaba depositado todo el pasado de la nobleza goda, y por ende el de todo su pueblo. Era a las mujeres a quienes correspondía transmitirlo y cuando Eldes creciera también ella se lo contaría a sus hijos, como hacía su madre con ella, y había hecho a su vez la madre de su madre.

La historia de cómo el rey Filimer llegó a Escitia era, con mucho, la que más le gustaba. El rey Filimer, hijo de Dagarico, era descendiente del legendario rey Berig. Aquel que un día decidió que su pueblo debía salir de la gélida isla de Escandia, donde la noche reinaba buena parte del año, y lo embarcó en tres naves para llevarlo hasta el continente a través del mar helado. Y desde entonces, los godos no habían dejado de vagar.

—Eldes... —la reclamó uno de los niños. Era Haroldo, quien hubiera liderado el grupo si ella no estuviera allí con ellos en la aldea.

—¿Qué, Haroldo? —le respondió Eldes, distraída, sin dejar de blandir la espada de un lado al otro como si estuviera en el campo de batalla. Ni siquiera le miró.

—Sabes que no podemos ir solos al bosque. Es peligroso. ¿Y si nos pasa algo? —Haroldo era el único que se atrevía a decirle lo que pensaba.

La niña se detuvo en seco.

—¿Es que tienes miedo, Haroldo? —se apresuró a preguntar al sentirse cuestionada. Abandonó al enemigo y se dirigió a los demás con la intención de castigar su osadía—: ¿Habéis oído lo que ha dicho Haroldo? Necesitamos un rey, alguien valiente que nos guíe hasta allí, pero no él.

La voz de Eldes sonaba autoritaria, les estaba exigiendo fidelidad. Al igual que ocurría con los mayores, tampoco los niños eran iguales. En sus juegos había guerreros y vasallos, fuertes y débiles, protegidos y protectores, fieles y rivales. Toda una jerarquía que debía ser respetada, reflejo de la rígida sociedad a la que pertenecían; y por encima de todos, ella, ejerciendo su autoridad voluble y caprichosa sin que nadie, salvo Haroldo, se atreviera a cuestionarla. Eldes se sentía orgullosa de su origen guerrero y lo hacía valer ante los demás. Era la orgullosa hija del jefe Walderico, uno de los quince nobles que formaban el séquito de Atanarico. Nadie en esa recóndita aldea del interior de los Cárpatos podía igualar la pureza de su sangre. La aldea no era lugar para la hija de un noble, pero las circunstancias habían obligado a su padre a esconderla allí en compañía de su madre, la nodriza y media docena de esclavos, que se deslo-maban cada día para facilitarles su exilio en las montañas. Walderico había querido protegerlas mandándolas allí. Desde que Fritigerno les había declarado la guerra, las tierras bajas donde se hallaba la casa de Atanarico habían dejado de ser un sitio seguro para vivir. La guerra entre los

tervingios había terminado, pero ellas no habían vuelto a su hogar. Un nuevo peligro, del que nadie se atrevía a hablar, había irrumpido en la tierra de los godos.

Walderico sentía verdadera adoración por su única hija, tanta como esta por él. Pese a que los tiempos no eran buenos para los godos, había hecho lo imposible para que Eldes creciese colmada de caprichos, feliz y rodeada de las comodidades que les proporcionaba la vecina Roma. De las que, por supuesto, tanto la pequeña como su esposa carecían en la recóndita aldea de los Cárpatos donde las había ocultado. Al menos allí las creía a salvo. Ninguno de sus amigos podía llegar a imaginar ni en sueños los manjares exquisitos, las vajillas, las telas, la música... y todos los lujos con que Eldes se había criado. Pero su instinto aldeano les hacía intuir que el mundo de los poderosos, al que solo ella pertenecía, era un mundo mucho mejor que el suyo, y, quizá por eso, aceptaban el vasallaje que la niña les imponía con la misma resignación con la que sus padres aceptaban la servidumbre a Walderico.

Haroldo no tuvo más remedio que tragarse sus palabras, herido de orgullo después de haber quedado como un cobarde ante los otros niños. Pero, aunque nadie se atreviera a alzar la voz para contradecir a Eldes, y menos aún después de lo ocurrido, él no era el único al que le daba miedo ir al bosque. El bosque era un lugar sagrado y peligroso, poblado de seres y animales salvajes, de proscritos y malhechores, en el que resultaba fácil desorientarse y desaparecer. Todos habían oído contar desgarradoras historias ocurridas en el bosque, que tal vez Eldes ignoraba, pues pertenecía a otro mundo en el que la amenaza de la naturaleza no estaba tan presente como lo estaba allí en las montañas, un mundo de tierras aradas y caminos construidos por el hombre, muy cercano a la Civilización. Había que ser un necio, o estar loco, para no tenerle miedo al bosque.

Aun así los niños se vieron embargados por una extraña excitación que les hizo dejar sus temores a un lado y pensar solo en lo que aquella imprudencia tenía de aventura.

Eldes supo que los había convencido y pasó revista entre sus amigos para decidir quién debía encarnar al legendario rey: Haroldo, no, que había demostrado ser un cobarde; Marvin... ¡ni pensarlo!, ese sí que era un gallina; Fredo ya tenía bastante con ocuparse de su hermana; Quivo, ni se contemplaba; Actulfo, también descartado, era demasiado temerario... Necesitaba a alguien más prudente... alguien en quien pudiera confiar la espada.

—Dago, ¡tú serás Filimer! El rey. Serás quien nos guíe hasta la rica Oium. ¡Toma la espada, es tuya!

Dago era un niño tranquilo y confiado, de nariz respingona y pelo tan rubio como el de los demás niños de la aldea, salvo el de Fredo y su hermana, de color rojizo. Eldes le trasladó el mando, cediéndole la espada de madera, sin darse cuenta de que a su sucesor le temblaba el pulso más de lo conveniente en un rey. No se había dado cuenta porque, en realidad, no le estaba prestando atención, pues estaba concentrada en provocar a Haroldo con su sonrisa burlesca. Tampoco reparó en la decepción de los otros tres niños, hartos de que el protagonista de todos sus juegos siempre acabara siendo el mismo. Dago, que no era ni más fuerte ni más valiente que ellos. Al contrario, era un muchacho callado, más bien débil, que nunca daba problemas y al que las aventuras no parecían gustarle demasiado. Los niños se preguntaban qué era lo que podía haber visto Eldes en él. Haroldo decía que se gustaban, pero solo lo hacía para hacerles rabiar.

—¿Otra vez Dago...? —preguntó Marvin desilusionado. Ya se veía portando la espada.

Mientras la niña se entretenía en desafiar a su rival, una epidemia de celos invadía el granero, amenazando con causar bajas entre los guerreros.

—Ahora, arrodillémonos. ¡Juremos fidelidad al rey!

2

Los hijos de las haliarunas

Un ejército de arriesgados guerreros atravesó el poblado en dirección al bosque. Uno tras otro, sortearon con sigilo las míseras chozas, evitando puertas y ventanas; se ocultaron tras los raquíticos frutales de la huerta, cruzaron prados, saltaron cercos y atravesaron los amarillentos campos veloces como el viento. Corrieron sin parar hasta que la aldea hubo desaparecido a sus espaldas. Solo entonces comenzaron a aminorar el paso y se detuvieron, jadeantes, en las inmediaciones del bosque, riendo, convencidos de que se habían salido con la suya, de que no habían sido descubiertos. Les estaba terminantemente prohibido ir más allá de donde pacía el ganado, pero estarían de vuelta antes del anochecer y nadie tendría que enterarse de lo que habían hecho. Fue Eldes quien rio primero, contagiando su risa a los demás, que no podían parar de reír excitados al pensar que se habían escapado. Era la primera vez que traicionaban la confianza de sus madres, y se sentían libres, mucho más libres de lo que nunca se habían sentido. Su juego les había transformado en una banda de proscritos.

Pero al internarse en el bosque, la euforia que les había provocado su propia rebeldía comenzó a desvanecerse entre las hojas de los árboles. El bosque era un lugar inhóspito y oscuro, donde el hombre nunca era bien recibido. Los niños se sintieron atrapados entre las ramas que ocultaban, con avaricioso recelo, el brillante sol de la tarde, del que se

habían estado protegiendo bajo la techumbre del granero. Más de uno se sintió tentado a abandonar y regresar a la seguridad de la aldea, pero eran guerreros y se debían a su rey. Si este continuaba, también ellos debían hacerlo. De pronto, oyeron algo que les sobresaltó. Era como si el bosque se lamentara desde lo más profundo de sus entrañas.

—¡Mami! —gimoteó la pequeña Quivo.

—No tengas miedo, Quivo, que no es nada —la consoló Fredo el pelirrojo, su hermano mayor, del que no se separaba. Tampoco él estaba tranquilo: «¿Y si lo era? ¿Y si era un guardián del bosque, uno de esos seres malévolos y desconfiados que habitaban en el tronco de los árboles?» Fredo había oído hablar de ellos a los viejos de la aldea.

El bosque, rebosante de vida, nunca callaba.

—¡Soy Filimer, vuestro rey!, y debéis confiar en mí. Yo os guiaré hasta la rica Oium, la tierra de nuestros antepasados. Eldes dijo que se encontraba oculta en algún lugar del bosque, pero solo los valientes podrán encontrarla. ¡Seguidme! —les arengó Dago, haciendo valer su valiosa espada, la que le daba el poder, olvidando por un momento que era un simple palo de madera. En aquel juego, él era el rey y debía comportarse como un verdadero jefe, alentando a los demás para que no desertaran, y por nada del mundo defraudaría a Eldes. Trataba, en vano, de aparentar serenidad, pero estaba tan asustado como el resto.

Dago confiaba en sus guerreros, sabía que no abandonarían si él no lo hacía. Eran godos y conocían bien las reglas de los guerreros. Le habían jurado fidelidad y tendrían que seguirle hasta la muerte. Hasta el último de ellos estaría dispuesto a morir antes de quebrantar el juramento que los unía. Con paso firme, se fue abriendo camino entre la maleza con el arma apuntando hacia delante, preparado para defender a los suyos si algún peligro les salía al paso. Eldes, Haroldo, Actulfo, Marvin, Fredo y la pequeña Quivo temblaban como hojas a sus espaldas. Eldes había comenzado a tararear una vieja tonada con la que espantar el mie-

do, la misma que le cantaba la nodriza en las noches de tormenta, pero Haroldo no pudo soportar más la tensión y la mandó callar de tan malos modos que la niña se volvió para insultarle. Estaba visto que no podían vivir el uno sin el otro.

A medida que avanzaban, el bosque se iba tornando más espeso hasta hacerse impracticable. La naturaleza, indómita y voraz, pugnaba por defender su territorio mientras Dago seguía abriéndose paso con la espada de madera. El bosque estaba poniendo a prueba su valor, sembraba su camino de obstáculos y les retenía con sus ramas para que no se adentraran más. Les estaba advirtiéndolo, pero seguían adelante, fijándose muy bien en dónde pisaban para no caer en una de sus trampas.

El miedo a perderse les mantenía en alerta. A medida que avanzaban, se esforzaban por grabar en la memoria cada haya, cada roble, claro, piedra, nido o madriguera, cualquier detalle que les pudiera ayudar a desandar el camino antes de que anocheciera. Había ramas por todas partes, trozos de tronco, matas y matorrales, helechos, gruesas raíces que emergían de la tierra y se retorcían entre la hojarasca como serpientes. Se habían adentrado en lo más profundo del bosque, donde apenas se filtraba la luz del sol y crecían los sagrados frutos de la belladona que solo el chamán se atrevía a recoger. La espesa hojarasca crujía con cada uno de sus pasos como queriendo anunciar a las demás criaturas del bosque la presencia de los intrusos; rompiendo el silencio que ellos mismos se habían impuesto para no alterar con sus voces el salvaje sosiego de la naturaleza. Fue Quivo quien lo rompió de nuevo, esta vez con un grito acompañado de sollozos.

—¿Ahora qué pasa? —preguntó Eldes, harta de los lloriqueos de la niña.

—Es que me he caído —se excusó Quivo, al tiempo que se sorbía ruidosamente los mocos de su diminuta nariz. Había tropezado con el saliente de una raíz y se había dado